

UNA LEVEDAD DEL PENSAR*

por Celina Manzoni

*La levedad es algo que se crea en la
escritura*
Italo Calvino

En *Mares del sur*, una novela anterior a *Evaluador*, Noé Jitrik había buscado la articulación del mundo académico con zonas ocultas, escondidas, silenciadas, de la sociedad argentina, con el secreto. En *Evaluador*, desde el momento en que la mirada del narrador construye la zona del secreto en el espacio universitario mismo, es como si la conexión entre ambos universos se realizara de manera necesaria y absoluta. Porque la imaginación proyecta a sus más lejanas posibilidades tanto las ilusiones de poder que movilizan a los evaluadores, como las rencillas que conmueven el seráfico mundo de las envidiables bibliotecas norteamericanas, consigue relacionar espacios que desearían pensarse más bien como absolutamente diferenciados.

En *Evaluador* ya desde el título el lector se encuentra inmerso en lo que parece una cualidad irrenunciable. Se es evaluador, como se es torero –matador- o como se es goleador en el fútbol. Los personajes convocados a la novela por su condición de evaluadores nunca dejan de evaluar; ni siquiera en medio de sus fantasías más atroces abandonan el gesto por el cual han sido socialmente reconocidos: evalúan, desde las condiciones y características del lugar al cual son conducidos y en el cual son alojados, hasta las situaciones personales más íntimas: todo es motivo de evaluación. El día mismo de la llegada al castillo en el que, bajo la inquietante sombra de Kafka, se organizarán las tareas que les competen, el desorden y lo que parece fruto de una cierta improvisación “interferían en lo que debía haber sido una evaluación tranquila” (36).

El dato intensifica el clima de indecisión, de incomodidad y de desprotección que podría resumirse en el concepto de malestar, con que el personaje Segismundo Gutiérrez inaugura la novela; un concepto que, sutilmente reelaborado a lo largo del texto, lo va impregnando al tiempo que corroe todas las certezas. Las estrategias narrativas puestas en juego, variadas e imaginativas, lo que no es poco en el universo infinito de la literatura, consiguen establecer y sostener el clima inquietante que impregna el relato mediante la articulación de ligeras conexiones y desplazamientos entre la reflexión y la sorpresa, la melancolía y el humor.

Ante todo convoca la atención del lector el modo en que operan los nombres propios en la novela. En el caso de los evaluadores y de los personajes vinculados al arte de la evaluación, los apellidos, relativamente corrientes en una sociedad marcada principalmente por la impronta española aunque admitan otras procedencias (Gómez, Zubillaga, Gutiérrez, Bustamante, Traverso, Goldstein), se combinan con nombres más o menos insólitos: Armodio, Atanasio, Segismundo, Etefredo, Euclides, Hermógenes. Más que hablar de exotismo y aunque el primer efecto sea el de una extrañeza que de inmediato conduce a una leve sensación de comicidad, están proclamando un tipo de articulación que al constituirse en sistema señala la invención de un recurso orientado a definir una noción de personaje. Con Macedonio Fernández, Jitrik ha comprendido que

* Noé Jitrik, *Evaluador*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002. Se cita por esta edición indicando el número de página.

“gente de fantasía los personajes, parece toda junta al concluir el relato: es de fácil exterminación”.¹

En el marco de un sistema de nominación sobresaturado, sucede a veces, por contraste, que el nombre de un personaje sea intercambiado por otro (“La señorita Luz María o María de la Luz”, 13) o que, en el colmo de la despersonalización, los nombres de los evaluadores sean intercambiados por números o que los abundantes auxiliares, quizá por eso mismo, carezcan de nombre. Una carencia que no se explica con tanta facilidad cuando afecta al señor presidente, tan importante como factótum del relato, quien no sólo no tiene nombre sino que puede ser concebido, al mejor estilo macedoniando como “un ser de nada”:

Más que un presidente, se le ocurrió [a Segismundo Gutiérrez], era un ser omnímodo, un ser de nada, una palabra, en suma, un personaje denominado ‘presidente’ que, como era un ser de nada, podía estar en todas partes, viéndolo todo, anunciándolo todo, para un personaje no hay límites sobre todo si asume, como manera de ser personaje, la omnipotencia, la sabiduría total (122).

Si todo el proyecto del Centro Nacional Único de Evaluación, al que sólo faltó llamarlo CENUDE, u otra sigla semejante, para coronar los sueños burocráticos de los funcionarios del área, se sustenta en la fantasía que construye este personaje innominado, ingresamos en la zona riesgosa de las utopías negativas aunque esta utopía, como se dice en la novela, aparezca más bien como una “utopía fallada”. Los teléfonos que no funcionan, los altavoces estridentes, los pasillos y las escaleras que como en un diseño de Escher conducen a ninguna parte, el sin sentido de la informática en un espacio en el que los archivos siguen consistiendo, como en siglos anteriores, en la acumulación de papeles en largas estanterías sujetas al deterioro de la humedad y de los insectos, hablan de un fracaso de la tecnología pero también de las pesadillas que genera.

En una misma línea de exasperación de la lógica, podría considerarse el absurdo del orden rigurosamente alfabético que estipulan los funcionarios y que afecta a evaluadores y evaluados. Aunque tímidamente resistido, finalmente se impone y sus efectos son similarmente ridículos a los que sufre *Alphabeticus*, el personaje de Macedonio Fernández, otra vez, cuya historia se ordenó “en orden alfabético, es decir, en el más completo desorden, hasta el punto de que había nacido mucho después de haber apedreado su primer gato y antes de empezar a ser soltero ya estaba en segundas nupcias”.²

El juego y la ironía se vuelven más inquietantes todavía cuando la intercambiabilidad que afecta a los nombres se desplaza a los personajes, las funciones se vuelven permutables: mozos, camareros, enfermeros pueden ser alternativamente médicos, archiveros, cuidadores. El personaje histórico que desvela al evaluador Segismundo Gutiérrez en su condición de investigador, también puede cambiar de nombre, ser confundido con otro o con otros. A través de ese personaje –Gumersindo Basaldúa– ingresa, además de la información erudita que se va entretejiendo en el relato en un movimiento que seguramente no desdeña lo apócrifo, el enigma del nombre propio. También ingresan el espacio del deseo y una clave de lectura que se devela al final en relación con el nombre del señor presidente.

Si todo cambia o es intercambiable en el relato, los únicos que no parecen caer bajo la lógica de la permutabilidad son los evaluadores quienes se mantienen en la condición que los caracteriza hasta que finalmente sucumben bajo el dominio del Hermano Mayor y

¹ Macedonio Fernández, *Museo de la novela de la Eterna*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967, p.20.

² Macedonio Fernández, “Presentación fotográfica de los personajes”, en *Papeles de Recienvenido*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1966, pp.169-170.

son mutados en locos. Ingresados en “La puerta abierta”, el nombre les trae reminiscencias que no pueden descifrar pese a que apelan a los mecanismos de la traducción a diversas lenguas. Si poco antes los conocimientos filológicos o lingüísticos les habían permitido reconocer el territorio, ahora en “La puerta abierta” no pueden reconocer “Open Door”, un famoso establecimiento de salud mental instalado en Luján en 1899 bajo premisas avanzadas de terapia ocupacional y eliminación de la coerción y el castigo.

Así como la inundación, que parece terminar arrasando con el ambicioso proyecto modernizador del Centro Nacional Único de Evaluación, significa en el mundo natural la revancha de la vieja laguna pampeana que aflora, en el mundo de los evaluadores, al revés, la memoria sumergida se niega hasta el punto de afectar a la memoria reciente, los evaluadores no pueden recordar, el pasado se les niega y “el presente [...] es como una infección incesante, no tiene principio ni fin” (155). En el caos de la memoria primero y en su posterior recuperación después, los evaluadores que han pasado por un estadio fantasmal se recuperan a sí mismos como fantasmas, objetos y sujetos de un sueño, de allí que no sea casual que en el nombre del evaluador paradigmático del relato se combine el humilde Gutiérrez con el altisonante Segismundo. En una vuelta de tuerca de esa fantasía atroz, los evaluadores terminan descubriendo que las imágenes de los locos que vieron antes, en una vida anterior, coinciden con la imagen que de sí mismos, en tanto locos irreconocibles, tienen cuando supuestamente cuerdos. Como en *La invención de Morel*, las imágenes como de sueño se difuminan y flotan en un ambiente de fantasía que afecta también al personaje de la historia nacional perseguido por el evaluador.

Segismundo Gutiérrez observa desde su ventana; en una mirada panorámica ve la llegada del personal auxiliar, pero sobre todo ve unas figuras anómalas detrás de la alambrada: “Era temprano todavía y del pasto emergía un vaho, que no llegaba a bruma: se movía impulsado por una brisa o por su propia levedad [...], creando figuras fantásticas que se desvanecían apenas se formaban” (66-67). De lo que se habla es justamente de la levedad, un gesto que construye imágenes que al articular la melancolía con el humor nos introduce en la severidad de un universo sin que esa misma severidad nos resulte en lo inmediato, gravosa: una levedad del pensar.